

faltas que cometeréis aún, como no habéis satisfecho hasta aquí las que habéis cometido ya. Por consiguiente, si obtenéis una vida más larga, probablemente no satisfaceréis por entero vuestras faltas pasadas, sino que haréis aun otras nuevas, y mereceréis ser castigado con más grandes suplicios.

En efecto, las obras de penitencia que practicamos, son tan limitadas y tan cortas y nuestros pecados diarios, por el contrario, tan graves y tan numerosos, que el alma más devota y más mortificada puede apenas satisfacer sus faltas de cada día, de manera que no le queda nada de superabundancia de méritos que pueda aplicar la satisfacción de sus deudas anteriores. Este piadoso pretexto de desear una vida más larga para borrar los pecados ya cometidos, no es, pues, más que una pura ilusión con la cual se procura justificarse á sí mismo el temor que se tiene de la muerte.

La razón de acrecentar nuestros méritos no es un motivo mejor para desear vivir más largo tiempo. En efecto, con un solo pecado venial quitamos á Dios más gloria de la que podemos darle con todas nuestras obras de piedad y de virtud, por muchos años de una fidelidad sostenida en su divino servicio. Ahora bien, si vivimos aún muchos años, no

hay duda que pecaremos venialmente; es, pues, de igual modo seguro que Dios recibirá de nosotros más deshonra que honra por nuestras obras realmente buenas. Por consiguiente, si nuestro corazón arde en un puro amor por la divina Majestad, temeremos más que todo el mal que haríamos á Dios por el pecado venial y no desearemos el acrecentamiento de nuestros méritos y de nuestra propia gloria; preferiremos una muerte pronta, que nos quitará el tiempo de aumentar nuestros méritos, á una vida más larga, con la cual vendrían mil ocasiones de cometer nuevos pecados.

ARTÍCULO III

Del rigor de la justicia divina y el abuso de las misericordias de Dios

Dios es justo, sin duda, mas también su divino espíritu nos enseña que es todavía más misericordioso. *Sus misericordias*, dice la Escritura, *son superiores á todas sus obras*¹. La cólera del Todopoderoso es terrible, mas está en nuestro poder suavizarla, sobre todo por una pronta y perfecta sumisión á aceptar la muerte en castigo de nuestros pecados. Los juicios del Señor, particular-

¹ Sal 144 9.

mente en el misterio de la elección ó reprobación de los hombres, son un abismo profundo, es verdad, mas su clemencia no tiene límites, y los tesoros de su bondad son inextinguibles; porque es Padre y el mejor de todos los padres; tiene compasión de nuestras miserias con ese incomparable afecto con el cual un padre se enternece por sus hijos ¹. Su Majestad mismo declara por su profeta que no quiere la muerte del pecador sino su conversión y su vida. *Vivo yo, dice el Señor Dios, no quiero la muerte del impío, quiero que deje su mala vida y que viva.* Si yo digo al impío: "Morirás de muerte súbita" y él hace penitencia de su pecado y cumple la justicia y el juicio, vivirá ciertamente y no morirá; todos los pecados que hubiere cometido no le serán perdonados ². ¿Qué más pueden prometernos? ¿qué mejor garantía podemos ya pedir?

Por muy numerosos y graves que sean nuestros pecados, si nos arrepentimos, Dios está dispuesto á perdonarnos. El mismo nos ofrece el perdón é insiste en presentarnos su gracia á pesar de nuestras resistencias, y á su pesar nos castiga. ¿Cómo podría nuestro corazón ser accesible á la desconfianza y á un temor

² Sal. 103. 13.

¹ Ezeq. 33. 11.

de esclavo para con un Dios tan bueno, para con un padre tan tierno? Cubiertos con el escudo de su misericordia, ¿podríamos temer los dardos de su justicia?

Reconozco, decís, que no tengo que temer la justicia cuando estoy bajo la protección de la misericordia; mas lo que temo es el grande abuso que he hecho de ella. He abusado mucho tiempo; he aquí por qué temo las venganzas de la cólera de Dios. Pero, si no hubiese esperanza más que para los que nunca abusaron de la misericordia divina, no habría ni un solo hombre que no tuviese motivo de desesperar, y Jesucristo no habría dicho en el Evangelio que había venido del cielo á la tierra no por los justos ni por los que disfrutaban de buena salud, sino por los pecadores y los enfermos; porque todos ellos han abusado de su clemencia. Además, tan solo por el hecho de que por la divina misericordia haya sufrido tan largo tiempo el criminal abuso que habeis hecho de su bondad, y la haya como autorizado por la excesiva longanimidad de su caridad y su paciencia y no os haya entregado aún á las venganzas de su justicia, se ve ahí una señal de que Dios os ama con ese amor de benevolencia que podemos mirar como el dichoso presagio de vuestra elección para la gloria. En efecto, el?

Padre celestial rechazará á un hijo penitente, después de haberle colmado de beneficios cuando era rebelde? ¿El buen Pastor rechazará la oveja que vuelve por sí sola, luego de haberla buscado con tanta solicitud cuando se extraviara? ¿Podría regocijarse de vuestra condenación este Dios de bondad á quien una sola lágrima de un pecador causa más gozo que las alabanzas de noventa y nueve justos? ¡Ah! hiera á Dios en la niña del ojo el que desconfía de su misericordia. Que nada pues, os impida acercaros con filial confianza al trono de la gracia, y que el abuso mismo que habeis hecho de su misericordia no os desaliente más.

Considerad al Salvador clavado en la cruz, dice San Agustin, escuchad su oración: Padre mío, perdonadles. Después de tan poderosa súplica, ¿quién podrá desesperar? — Ved las llagas de vuestro Dios crucificado, la sangre de esta Víctima expirante, el precio ofrecido por vuestro Redentor. A esta vista, ¿quién no concebirá una firme esperanza? — Jesucristo inclina la cabeza para animaros, abre su corazón para amaros, extiende todo su cuerpo, sobre el instrumento de su suplicio para rescataros. ¿Quién dudará de su amor? El fondo de su corazón se nos muestra abierto, añá-

de San Bernardo, *por las llagas con que su cuerpo está herido. ¿Quién temerá la muerte en tan seguro asilo?*

Sus méritos no solamente son de un valor infinito, sino que son también nuestros por el don que él nos ha hecho de ellos. Cuando los presentamos por rescate á su divino Padre, ni la misericordia quiere desconocerlos, ni la justicia puede rechazarlos, porque pagamos más de lo que debemos, pues nuestros pecados, por muy numerosos que sean, tienen no obstante límites, y, para borrarlos, una sola gota de la sangre divina es infinitamente suficiente. Por tanto, no conviene que la muerte sea temible á causa del rigor de la justicia divina y del abuso de la misericordia, pues merece por el contrario nuestros más ardientes deseos. En una palabra, la muerte es tan poco temible á causa de la pérdida de los bienes presentes, de la incertidumbre del porvenir, del rigor de la justicia divina y del abuso de la misericordia, que, por el contrario es verdaderamente deseable para un cristiano, que se puede dar testimonio de poseer en su corazón la fe, la esperanza y la caridad.

En efecto, si creemos que Dios es el soberano Bien, ¿podemos no desear la muerte, que es el único camino por don-

de se llega á la posesión de ese bien infinito? Dios es un Bien tan perfecto, que ni el ojo ha visto, ni el oído ha oído, ni el corazón del hombre ha conocido jamás nada de comparable. Dios es un Bien que excluye todo mal y encierra todo bien. Un Bien sobre toda ponderación, sobre todo pensamiento y deseo: un Bien infinito, universal, eterno y tan grande, que siendo Dios Todopoderoso como es, no puede dar á sus escogidos nada mejor ni más inmenso. No, dice San Agustín, Dios no tiene nada que dar que sea mejor que él mismo. Ahora, bien, para entrar en la posesión de ese tesoro infinito no hay otra puerta que la muerte: nosotros lo creemos, y sin embargo no deseamos la muerte; ¡qué digo! temblamos cuando viene. ¿Cuál es, pues, nuestra fe?

Si creemos, dice San Cipriano, que el Soberano Monarca del universo es nuestro Padre y que habita en los cielos como lo repetimos todos los días—*Padre nuestro que estás en los Cielos*—si creemos que el cielo es nuestro patrimonio y que el Rey de los reyes nos prepara un reino donde seremos infinitamente dichosos, si tal es, digo, nuestra creencia, ¿cómo no nos sentimos transportados por el deseo de la muerte? ¿Cómo

¹ 1 Cor. 2, 9.

no exclamamos muchas veces con el apóstol: *¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte*¹, á fin de que mi alma despreñida de los lazos de la carne, emprenda su vuelo y vaya á descansar en los brazos del soberano Bien? Sí, concluye San Agustín, el que teme la muerte falta á la fe.

Yo añado que también falta á la esperanza. Porque ¿quién es aquel, pregunta San Cipriano, que se aflige y tiembla al acercarse la muerte, sino el hombre en quien no se encuentran ni la fe ni la esperanza? Todos los días, continúa el mismo santo, repetís esta petición: *Venga á nosotros vuestro reino*, es decir, llegue el día de la muerte y del juicio, y con él la posesión de la bienaventurada eternidad; y sin embargo teméis ver llegar ese día. *¡Insensato! ¿Por qué pedís en vuestras oraciones que llegue el reino de los cielos, si la esclavitud de la tierra os agrada? ¿Por qué con vuestras instancias y súplicas reiteradas parece que quereis apresurar el día de ese reino celestial, si todo vuestro deseo y vuestros votos más ardientes son continuar sirviendo en la tierra al demonio más bien que reinar con Jesucristo en el cielo?* Todos los días pedís á Dios que *se haga su voluntad* y cuando él quiere

¹ Rom. 7, 2 4.

que murais no os sometéis sino con pena á esta voluntad. Le suplicais que os introduzca en el cielo, y os negais á pasar la puerta: queréis el fin y rechazais el medio. ¡Qué contradicción! ¡Pedís una cosa y deseais otra! ¡Qué singular esperanza! ¡Rechazar con horror lo que se espera! O cesad de temer la muerte, ó dejad de pedirla; ó dejad de hacer de ella el objeto de vuestra esperanza, ó cesad de temer que venga. Dice á su vez San Cipriano, *que sólo el hombre que no espera nada después de la muerte y que no quiere ir á Jesucristo debe temer la muerte.*

No debe admirar que tema la muerte el que no espera nada más allá del sepulcro, por ejemplo, un pagano, un ateo, á quien la bienaventurada eternidad no parece otra cosa que una fábula; esos pueden temer morir. Mas que un cristiano á quien la fe enseña á mirar el cielo como su herencia, que espera una vida mejor después de este destierro, que sabe que el Padre celestial no quiere sacarle de este valle de lágrimas y llevarle á la mansión de la gloria sino para cambiar allí sus miserias por la dicha, su pobreza por las riquezas del cielo y su abyección por los esplendores de los santos; que un cristiano, digo, con esta creencia tema morir, es un prodigio inexplicable,

es una señal evidente de una debilidad considerable de su fe, de su esperanza y aun de su caridad.

En efecto, el amor, en el ardor de sus deseos, no tiene reposo, mientras no está unido íntimamente al objeto de su ternura; mas sólo en la otra vida podemos estar íntimamente unidos á Dios. Si tememos la muerte no deseamos estar unidos á Dios, y no le amamos por tanto plenamente. El amigo, desea ver á su amigo: no obstante, aun después de la muerte nos será dado gozar de la visión de Dios; si huimos de la muerte, no deseamos ver á Dios, y por consiguiente no podemos asegurar que le amamos. *El cristiano que se complace con su destierro no ama su patria*, dice San Agustín, *no ha comenzado aún á amar á Dios, ni ha suspirado como un extranjero, como un caminante*,¹. Por poco que amemos á Dios, no hay duda que desearemos la muerte, porque nos pone en una feliz impotencia de ofenderle y en la consoladora necesidad de amarle, y de amarle de un modo más perfecto; porque nunca amaremos á Dios con un amor tan perfecto como en el cielo. Un verdadero deseo de amar más perfectamente al Dios que es infinitamente amable, su-

¹ Sobre el Sal. 85.

pone, pues, necesariamente que deseamos *la muerte como una ganancia*¹.

Cualquiera que se ame á sí mismo de be también desear la muerte. En efecto, todos estamos apremiados por la necesidad de ser dichosos, y solo por la muerte podemos alcanzar la verdadera felicidad. ¿Cuál no es, pues, nuestra locura, cuando miramos la muerte con horror? Porque deseamos ser dichosos, y creemos que sólo en el cielo hay dicha, y que la muerte es el camino inevitable para llegar á esta beatitud, y no obstante tememos la muerte. ¡Qué imprudencia! Es que, en verdad, la aprensión de la muerte es un indicio muy seguro de que la fe no está firme, de que la esperanza vacila y de que la caridad languidece en nuestro corazón; porque un alma que posee esas divinas virtudes en un grado elevado, en lugar de sentir *un temor desordenado* de la muerte, está mucho más inclinada á apresurar, por el ardor de sus deseos, el día que debe terminar su vida.

Expliquemos las palabras *un temor desordenado*. Cuando digo que un cristiano no debe temer la muerte, no quiero hablar de esta aprensión natural cuya sede está en el apetito sensitivo y que se escapa al imperio de la voluntad. No

¹ Filip 1. 21.

nos es posible evitar ni aun hacer callar esos primeros movimientos por los cuales nuestra naturaleza teme su propia destrucción; á lo sumo podemos combatirlos y disminuirlos, debemos aun trabajar para conseguir este fin, penetrándonos bien de los motivos que se nos han dado en la consideración presente. Si estamos plenamente convencidos de las verdades que acabamos de meditar, la muerte llegará á ser el objeto de nuestros votos; muchas veces la llamaremos con todo el ardor de nuestros deseos, y por esta piadosa práctica, llegaremos á disminuir el temor y el horror que inspira á nuestra alma el pensamiento de separarse de su cuerpo, y obtendremos esa calma y esa igualdad de alma cuyo dichoso resultado es procurarnos una paz y una tranquilidad perfecta en nuestros últimos instantes. Otro medio también de merecer esas dos ventajas es hacer un sacrificio voluntario de alguna criatura en particular, cuya pérdida ó separación nos afligiría más á la hora de la muerte. Interroguemos, pues, á fondo á nuestra conciencia, y veamos á qué objeto, á qué lugar, ó á qué persona estamos más fuertemente apegados y de los cuales nos costaría más separarnos por la muerte; y cualquiera que sea el objeto de nuestro apego, hagamos

á Dios desde hoy el sacrificio con toda la plenitud de nuestra voluntad, á fin de que cuando la muerte surja no tenga nada que arrebatarnos á pesar nuestro.

¡Dios mío! ¿qué es vivir largo tiempo, sino padecer largo tiempo, ó por el temor ó por la espera de muchos males? Y, no obstante, ¿cuál es nuestra ceguera? Tenemos miedo á la muerte, y no pudiendo sustraernos á esta última catástrofe, quisiéramos poderla alejar, aun que sepamos que para un alma cristiana la muerte es el fin de sus miserias, el término de sus pecados, la entrada en una vida mejor, la puerta de la patria celestial y el dichoso acceso al seno de la divinidad. Abrid, os suplico, Señor, los ojos de mi alma, para que conozca que mi salida de este mundo no es una pérdida sino una ganancia, pues que recibo incomparablemente más de lo que pierdo. Haced que, muerto al vicio y yo mismo, no me aficione más á nada de todo lo que la muerte podría quitarme á pesar mío, y que viva con un corazón tan indiferente que ni la pérdida de todo lo que poseo, ni la incertidumbre del porvenir puedan hacerme difícil y temible la disolución de mi ser.



NOVENO MEDIO

Deseo del cielo

NO basta, para merecer lograr un fin dichoso, no temer tanto la muerte; es necesario también que nuestra alma se excite más y más en el deseo de la eterna patria; porque es uno de los medios más eficaces para morir en paz, el aspirar con ardor á la felicidad celestial. En efecto, cuando nos dirigimos con una viva inclinación hacia algún fin, las asperezas del camino que conduce á él desaparecen, ó más bien nos parecen suaves y lo que primero era para nosotros difícil é impracticable, se hace fácil y cómodo. Ahora bien, como nuestra alma no entrará en la posesión de la dicha de los santos hasta después de haber dejado su cuerpo, se sigue de